



CUÉNTAME UNA HISTORIA

Selección de cuentos primer
concurso **LGBTIQ+ Ecuador**



ORGULLO
2021

Empodérate,
participa,
apoya

La historia no solo son relatos épicos de grandes hazañas, con héroes y heroínas que rompen el estatus quo en una determinada época, sino que también se construye de relatos de personas, de su emociones y sentimientos, sus sentires y aspiraciones, de llegar a ser tan felices como sea posible, aunque esta se ve bloquea por una serie de acciones, comportamientos, prejuicios, estereotipos y hasta leyes, que la sociedad impone y espera de la ciudadanía, pero hay las personas que al no cumplir con estos estándares, viven confinadas a la clandestinidad, al silencio a la invisibilidad, algunos optan por vivirla de esa manera porque el momento histórico que les toca vivir es altamente hostil, pero llega un momento, cuando ya no se cumple con estas expectativas y todo eso solo se ha acumulado como el vapor de una olla de presión que llega un momento y se libera; hace 24 años ser homosexual era un delito en el Ecuador, ahora hasta ya nos podemos casar, eso no significa que ya disfrutamos de una igualdad material, que permita un verdadero ejercicio de derechos. Las historias que nos cuentan aquí, solo son una muestra de la una realidad latente que aún está presente en el día a día, que nos acompañara mucho tiempo más, aspiramos a que estas un día solo sean historias de una época vergonzosa, y quienes en el futuro las leas solo tengan una idea de lo difícil, triste, violento, pero también optimista, irreverente y luchador, que fueron las acciones que personas realizaron en búsqueda de una verdadera justicia e integración social. Quienes revisamos estos trabajos derramamos más de una lagrima, muchas de estas historias, son las nuestras, te invitamos a leerlas y a que las compartas con aquellos que aún creen y afirmas que no somos dignos de disfrutar los mismos derechos de los demás, y deseamos de todo corazón que disfrutes estás narrativas.

Atentamente

Efraín Soria

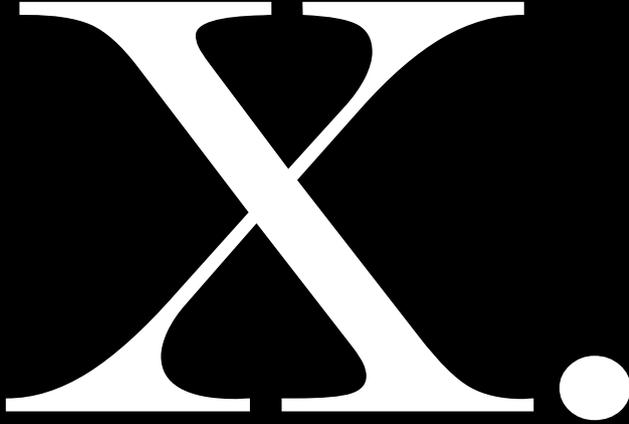
Fundación Ecuatoriana Equidad, julio de 2021.

Este trabajo ha sido posible su publicación y reconocimiento a todas las personas participantes gracias al apoyo y responsabilidad con los derechos humanos de las poblaciones LGBTIQ+ de las embajadas de:

Canadá, Alemania y La Unión Europea, en las actividades del Orgullo LGBTIQ+ este año bajo el slogan "Empodérate, participa, apoya" varias organizaciones y agencias de la cooperación internacional se sumaron y apoyaron estas iniciativas, una muestra más de compromiso en la construcción de una cultura de paz, donde todos seamos libres e iguales.

Diseño y diagramación: Julio Guevara
Quito - Ecuador. 2021





Me despierto y hallo el recuerdo de un sueño de medianoche.
Mi pecho se abre y mi corazón se expone. Vulnerable, enamorado y triste.
Y recapitulo este regalo de Dios, de Morfeo quizás, o de mi subconsciente nada más:
Te soñé entre aguas, entre familiaridades.
Pequeño pájaro dormido, hermosa creación de la Tierra.
Tu piel arrugada como las líneas en la arena de una playa llena de caracoles.
Tu olor a entrañas, a vida,
al sudor de los ángeles que cargaron tu peso al traerte a mí.
Estabas desnuda y sola.
Me necesitabas.
Pero no era tu inocencia, tu fragilidad o tu llanto de océano.
No eran tus manos de empanada con azúcar que me llamaban.
No eras tú bebé, que me necesitaba.
Era yo el que necesitaba de ti.
Porque frente a esta lucha, me he convencido de renunciar a ti.
De tenerte un día entre mis brazos, como en este sueño en el que estábamos desnudos tú y yo. Porque, aunque yo no te traía al mundo, la tormenta de mi corazón te daba a luz.

Entre ilusiones, planes y proyectos.
Porque, aunque seamos de sangres diferentes, nuestras almas se encontraron.
Tú me recibiste, y yo te amé
Y decidí enseñarte lo que mis padres me han enseñado.
Decidí leerte cuentos de Tolkien, Dickens y Cortázar.
Decidí mostrarte mis dibujos: Pamela el caballo, los lirios que pinté pese a que aborrezco su olor. Decidí enseñarte a identificar las estrellas, que años atrás me había comprometido aprender, para un día mirarlos contigo.
Decidí cantarte canciones de la tierra que me vio crecer.
Decidí rascar tu entrecejo como mi madre lo hacía para que yo durmiera.
Decidí llevarte al mar y enseñarte a nadar entre olas y arena.
Decidí verte crecer y verme crecer contigo.
Todo esto lo derrumbé.
Por un grupo de opiniones no me permitiría tenerte en mi futuro.
Porque cuestionaban que pudiéramos llamarnos familia.
Era yo el que te necesitaba.
Necesitaba dejar morir el miedo, la cobardía.
Necesitaba dejar morir mi renuncia.
Necesitaba nacer contigo.
Fue tu alma color zafiro que despertó este sueño.
Y aunque un día me dijeron que tener una familia no podía considerarse un sueño.
Porque la familia es parte de un proceso llamado vida.
Me rehusó a aceptar eso.
Porque es un sueño cuando hay barreras, cuando hay dificultades.
Cuando deba irme al frente de batalla por ti.
Es un sueño cuando tienes que luchar para lograrlo.
Tú eres mi sueño.
Pequeño pez de arrecife, quiero verte nadar junto a mí.
Pequeño sueño de medianoche, pequeño sueño de toda mi vida.
(Carta de un joven gay, a su futura hija)

Juan David Naranjo



“Creo que mi abuela era lesbiana”

(En memoria de Esterfilia)

Creo que mi abuela era lesbiana. No estoy seguro, es algo que intuyo y que empezó cuando dejé de verla como abuela, y la vi como individuo. Aquí el primer gran paso: desligar la imagen de “abuelita” y ver a la mujer, sus circunstancias, su vida, su humanidad y sexualidad.

Creo que mi abuela era lesbiana. Es más un presentimiento que una certeza. Igual, puedo estar equivocado, no importa. No debe considerarse un insulto a la memoria de nadie la mera curiosidad. Ella sufrió un infarto y falleció hace casi un año. Y en el proceso de duelo, me puse a atar cabos entre personas y circunstancias... ¡Pum! Llegué a esa hipótesis.

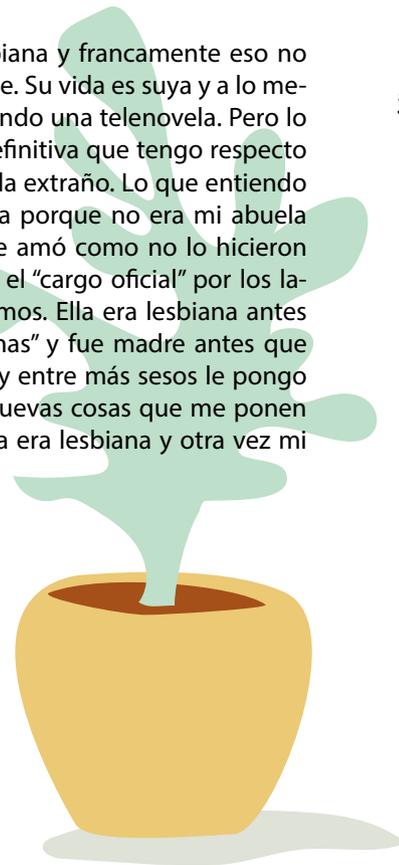
Creo que mi abuela era lesbiana y me pregunto ¿Cómo habría sido ser lesbiana en la pequeña y ultra católica Loja de mediados del siglo pasado? ¿Cómo ella habrá lidiado consigo misma siendo un espíritu libre, pero a la vez tan fruto de su época? ¿Cómo habrá articulado dentro de sí todas estas contradicciones? ¿habrá sufrido? ¿habrá encontrado el amor? ¿Amó y se sintió amada?... ¿O simplemente su sexualidad fue algo que puso en una cajita y guardó en el clóset como un par de zapatos viejos? Son cuestiones que ahora nunca tendrán respuesta. Creo que mi abuela era lesbiana y de repente estalló en

mí un mar de preguntas que ahora son dudas existenciales: ¿cómo es vivir la sexualidad en la tercera edad? ¿Cómo serán la vida, el sexo y el amor cuando la juventud no nos acompañe? ¿Qué fue y qué es de todos aquellos hombres y mujeres GLBTI de décadas pasadas? ¿Cómo ven y viven ellos los cambios y las luchas que las nuevas generaciones ahora tenemos? ¿Qué me espera a mí? ¿Será algo que me pese y yo esconda ante la fragilidad de la vejez y el cansancio de los años?

Creo que mi abuela era lesbiana y el espectro de lo que entiendo por GLBTI ganó una profundidad bárbara. Ya no eran mis ligues y yo, los estereotipos, la homofobia, lo gay-friendly, las musculocas en redes, etcétera. TODO tomó un nuevo barniz, capas de realidad porque aun siendo yo un hombre homosexual “empoderado y conocedor”, no vi ni pude dimensionar lo que tenía frente a mis narices.

Creo que mi abuela era lesbiana y francamente eso no me importa, me es indiferente. Su vida es suya y a lo mejor yo solito me estoy montando una telenovela. Pero lo cierto, la única conclusión definitiva que tengo respecto a ella es que ya no está y yo la extraño. Lo que entiendo por familia lo aprendí de ella porque no era mi abuela biológica (¡plov twist!); y me amó como no lo hicieron aquellas mujeres que tenían el “cargo oficial” por los lazos de sangre que compartimos. Ella era lesbiana antes de que “existieran las lesbianas” y fue madre antes que exista la “adopción GLBTI” ... y entre más sesos le pongo al asunto asoman aristas y nuevas cosas que me ponen a pensar. Creo que mi abuela era lesbiana y otra vez mi cabeza explota.

Andrés Llerena.



“Frío”

Llevo dos días en la bañera. No puedo mover mis manos y pies, las cuerdas me presionan, hace frío. No quería terminar así, tenía muchos sueños, mi familia me espera en casa, están preocupados, han ido a la policía. Contactan a todos mis conocidos, nadie sabe de mí. Por allí dicen que me vieron salir de la discoteca con dos amigos; eran dos tipos atractivos. Mi amigo y yo quisimos continuar la fiesta en un hotel. Pensamos que nos hicimos los mejores levantes. Cuando llegamos a la habitación sacaron sus armas, nos golpearon, amenazaron, nos pidieron las claves de las tarjetas, suplicamos no nos hagan daño, pero nos mataron.

Acaban de abrir la puerta, la policía nos identifica, dan la noticia a nuestros familiares. Ya podemos descansar ¡nos han hallado! Nos dirigimos a un lugar más tranquilo, sin dolor, sin maldad!

(Esta es la historia de dos amigos que perdí a causa de la delincuencia, conocieron a dos tipos en una discoteca gay y fueron hallados asesinados dos días después en la habitación de un hotel)

Juan Carlos M.

“Búscame los martes en la banca del arco”

Cada uno tiene una historia que contar de su proceso de aceptación, salir del armario, gritarlo al mundo; y vivirlo. En mí caso fue liberador no quedarme en silencio y en la mentira, que a la larga implican sufrimiento, al que solo uno pone fecha de vencimiento.

Un día, frente al espejo –tendría 18 años– mirándome a la cara, repetía una frase que me la leía a los labios: “soy homosexual, soy homosexual, soy homosexual”. No recuerdo cuánto la repetí, solo quería convencerme y aceptarlo. Mi sentimiento inmediato fue que no había nada de malo. Nunca grabé la fecha de aquello. Sí recuerdo que un domingo decidí contarle a mi madre, nervioso y lloroso, pero decidido. Y luego anunciarle que dejaba la casa para vivir con mi enamorado de entonces.

Para llegar a este relato de “salida”, el cómo comencé a vivirlo inició unos años antes, cuando estudiante universitario de Comunicación. Solía bajar las calles de la Universidad Central hasta la Amazonas, por El Ejido y El Guambra para ir a casa, acompañado de colegas, por seguridad con las chicas. Fue alguna conversación con mi amiga Verónica, que ella soltó una bomba para mis oídos.

Una noche, ella reveló que ese sector (El Guambra, El Ejido y la Amazonas), era la zona de los gays y los travestis. Que ahí se “pescaba”. Quizá no recuerde las palabras exactas, pero no comenté nada, solo encendí mis radares. Después, por un trabajo de facultad, con Aleyda, la poeta y mi enamorada, Maura, –aquello de “guardar las apariencias”– salimos a grabar grafitis urbanos. Algo de moda entonces, sobre todo los políticos. Aleyda sugirió filmar baños públicos y ver otro matiz, los subterfugios sexuales.

Fuimos a El Ejido. Yo era el camarógrafo, ellas reporteras. Pagamos a la cuidadora del baño masculino y entré.

Fue revelador ver tanta literatura de abundante morbo homosexual. “Búscame los martes en la banca del arco, leyendo el diario”. “Pasivo busca activo, llámame XXXXXX luego de las 6pm”.

Era claro: había un mundo allá afuera que aún no conocía. Lo mismo descubrí en los baños de la Universidad Católica, donde estudiaba francés.

Pasarían dos años aproximadamente, en que vestido con chamarra vaquero de franela y jean azul, temblando de miedo, pero decidido, salí a conquistar la Amazonas. Parado en el Hotel Colón, me levantó un tipo en su auto deportivo.

Sé que el tipo se ilusionó. Levantar al jovencito nuevo del barrio, era coronar un podio.

Lo usé para dar un siguiente paso: hacer amigos y conocer una discoteca gay. Yo trabajaba entonces en un canal de televisión, era “talento de pantalla”. No me importaba que me reconocieran. No había internet, la TV era el plus. Era obvio que alguien me reconocería. Alguna vez un extraño se acercó y me preguntó:

–Hola, ¿eres de Ecuavisa?

–No, soy de TC. Seguí con aplomo.

En ese tiempo se anunció la lucha por la despenalización de la homosexualidad, algo que ignoraba. Como reportero me asignaron cubrirlo. ¡Coincidencia! Ese fue el siguiente capítulo que cambió mi vida.

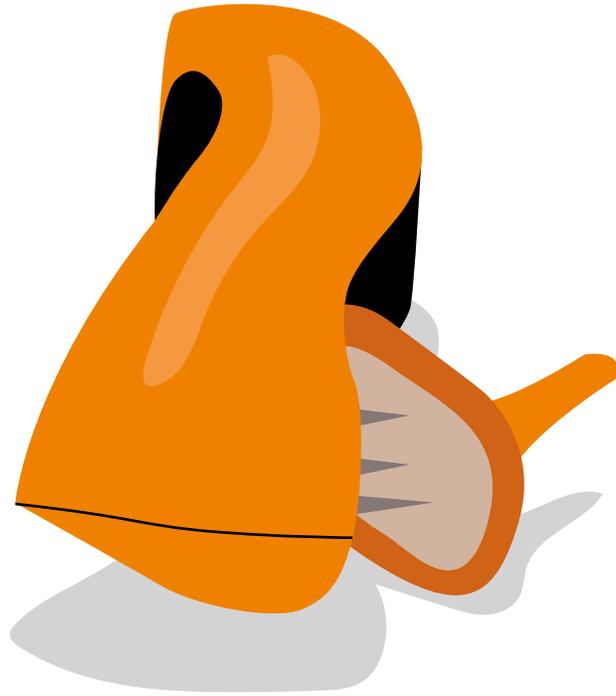
Fredy Lobato



“Llanto de escarcha”

Aquel día con mi mami fuimos a visitar a una tía. Vivía en el centro de Guayaquil, cerca de la conocida avenida 9 de octubre. Yo tendría unos cinco años. Eran los años noventa. Era ya muy tarde y debíamos retornar a Durán, a casa de mi abuelita. Cruzamos por centros de diversión; de repente, había gritos que estremecían el lugar. En la esquina de la calle, un camión muy grande, similar a los que jugaba con mis soldaditos miniatura, varios militares subían a mujeres al camión. Aquellas chicas eran muy altas, tenían cabellos largos y rubios, vestían de brillos, tacones altos, labios rojos, sus rostros, aunque bellos, tenían dolor, angustia y culpa.

A golpes y empujones subían al camión. Algunos tacones quedaban en el piso debido a la violencia. Fueron segundos de observarlas, tenía miedo, no comprendía. Recuerdo que mi mami me cubrió los ojos (ella solo respondía a una sociedad transfóbica y discriminatoria). Yo le pregunté: ¡mamá!, ¿por qué las golpean? Ella respondió que



era gente mala y pecadora. No sabía qué significaba el pecado. Luego el tiempo me ayudó entender el contexto. Conversando con mi mami este fin de semana (ahora en 2021, 30 años después) de un tema similar, entendí que no, no es transfóbica. Sus respuestas me sorprendieron, logré comprender que tener un hijo o familiar diverso transforma al resto, te hace más respetuoso y empático. Una frase, palabra o un simple gesto, puede dejarte un mensaje errado. Hasta me atrevería a decir que de estos eventos nacen las fobias; por otro lado, aun cuando hoy en día, lamentablemente, existe discriminación y actos violentos en poblaciones sexo-genéricas, antes de la despenalización de la homosexualidad sin duda fue un tiempo muy oscuro, frío y cruel... las luchas continúan por una sociedad más inclusiva y diversa.

Juan Carlos M.



¡Hola a todos!

Sé que muchas personas LGBTIQ tienen miedo de expresarse como son. El miedo a la opinión de los demás y, aún más importante, el rechazo de los seres que amamos.

Esta es una carta que publiqué en Facebook el 3 de julio del 2018, en mi primer cumpleaños como adulto tras haber salido del clóset. Espero que la disfruten y que encuentren algo de valor en esta historia. Estoy dispuesto a escuchar las suyas y animarnos cuando la lucha progresa. ¡Feliz día del orgullo!

“La noche del 27 de junio le dije a mi familia que era gay. Lamentablemente no supieron cómo afrontar el tema; al final de la charla, sólo tuve ganas de salir enojado de la conversación al ver el rechazo en sus rostros. Olvidé de todo a mi alrededor, incluso de los exámenes que estoy cursando en la universidad.

Los días siguientes no me dirigieron ni una sola palabra; solo podía ver las lágrimas de mi madre por el retrovisor del auto antes de dejarme en la parada del día a la universidad. El silencio que inundó el auto durante todo el viaje fue el único que me despidió.

Al llegar, por un momento tuve la idea de fingir que no pasaba nada, así que fui a una cafetería donde estaba una amiga para abrazarla desprevenidamente. Mis otros amigos que estaban frente a ella vieron cómo me acerqué para abrazarla con una sonrisa en mi rostro, que se iba apagando mientras agachaba la cabeza.

Mi plan era ocultarles todo, pero ni bien sentí la calidez de su cuerpo, quebré en llanto. Noté que eso me había faltado en mucho tiempo, un abrazo cálido con el cual sentirme protegido. Mi llanto ocasionó que mi amiga me llevara a un lugar apartado para hablar. Le conté de mi problema y sus palabras de apoyo y admiración me reconfortaron.

Al volver, mis demás amigos me dieron un abrazo grupal para consolarme, ellos ya sabían de mi situación y se preocuparon

al ver cómo estaba desmoronándome debido a que siempre he sido el tipo alegre y extrovertido del grupo.

Al finalizar los exámenes, continuaba el distanciamiento por parte de mis padres, aunque ya no me sentía mal. Tenía demasiada experiencia aguantando este secreto, mirándome al espejo deseando que la persona del frente fuera heterosexual, recibiendo acoso y discriminación de parte de muchas personas, incluso sentirme solo durante mucho tiempo sin nadie que te dé un abrazo y te diga: ¡Estoy orgulloso de ti, no cambies!

Sí me hizo lo suficientemente fuerte para soportar tanta presión; pero también tenía mis límites. El viernes 29 en la mañana, mi padre me llamó por celular con la excusa de preguntarme si ya estaba en mi facultad, situación que me pareció extraña; ya que normalmente no me llamaban cuando estaban enojados conmigo. Estaba asustado de que intentase suicidarme o lastimarme, me pedía disculpas por ofenderme e incluso tratar de contactar personas para cambiar mi orientación sexual. Luego me dijo que me amaba y que siempre me apoyaría. En ese momento, no pude evitar llorar descontroladamente al mismo tiempo que él.

El 30 de junio tras concluir mis actividades en un curso de inglés y compartir un almuerzo incómodo con mi familia, me retiré a mi cuarto a dormir para recuperar las malas noches que ocasionaron mis exámenes. Al despertar apareció mi madre con lágrimas contando lo difícil que fue para ella tenerme, debido a que mi abuela no la apoyó, mi abuelo estaba muerto y tenía que sobrellevar el embarazo y sus actividades de trabajo. Me pidió disculpas por ofenderme y por su actitud debido a que siente que es una persona seria e imponente para todos.

- Desde pequeño me he mantenido aislado a todos, debido a problemas familiares y escolares, así que he lidiado con varias experiencias sin el conocimiento de mis padres como el acoso sexual o el bullying.

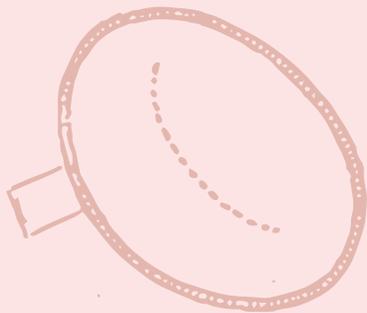
Ellos se preocupaban por mí al ver cómo el niño que solía ser alegre, sin preocupaciones de la vida, empezó a ser cohibido. Trataban de integrarme con las personas y querían que les contara todo, pero no podía. Es decir, cómo les podía contar mis problemas diarios, si en mi familia se acostumbraba a inculparme por acciones fuera de mis manos. Solían enojarse conmigo e inintencionalmente me excluían. Así es como viví durante mi niñez y adolescencia marcadas por estas experiencias.

Su disculpa se extendió hasta la noche, pero por alguna razón no podía llorar con ella. Ya me sentía seguro y comprensivo al ver cómo mi madre, por primera vez, lloraba igual que yo lo hice durante todas las noches de culpa. Mi padre entró y también habló: me volvieron a pedir disculpas, me abrazaron y suplicaron por paciencia para que ellos tengan tiempo de asimilarlo. Luego fuimos a merendar y les invité a ver una película, "Love Simon". Al terminar, solo me preguntaron ¿cómo podrían comprenderlo? mientras lloraban, solo les di un abrazo y se fueron a dormir.

Quedé de acuerdo con ellos en hablar y compartir más momentos; aunque volviendo al propósito por el que escribo esto, se debe al prejuicio que otro joven LGBTIQ debe enfrentar a lo largo y de la vida. Lamentablemente, las familias ecuatorianas aún temen hablar sobre la orientación sexual, sexo y peligros a los que todo el mundo está expuesto. Anhele algún día ver cómo estos temas son tratados con mayor naturalidad en nuestros hogares.

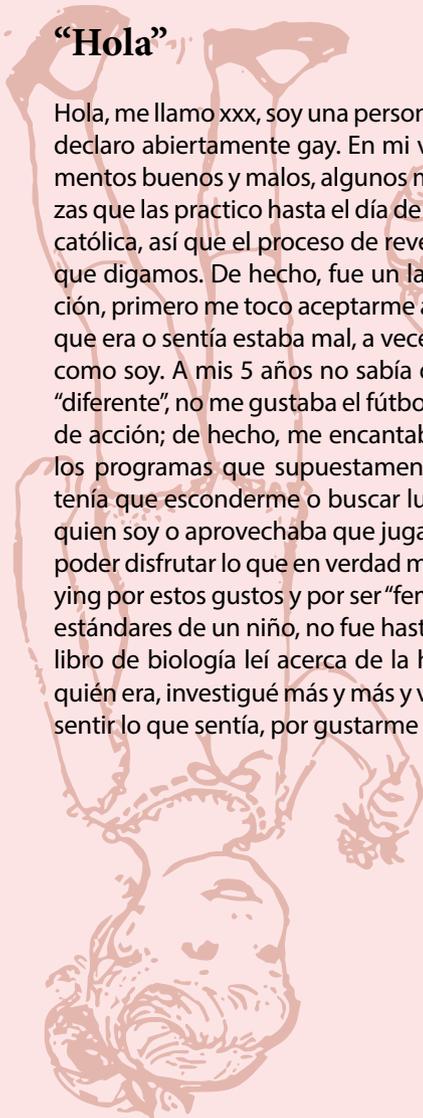
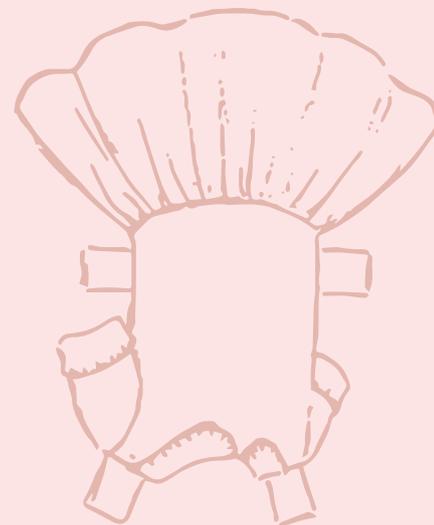
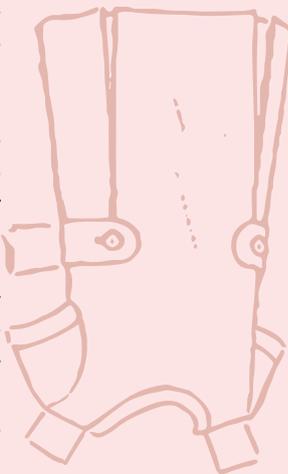
Concluyo admitiendo estar consciente de las consecuencias de este mensaje y miedo en afrontarlas. Sin embargo, estoy seguro y tranquilo al expresar mis ideas como es debido, sin ocultar el rostro tras un ordenador o escaullirme en una multitud."

Joel David Escala Ramírez



“Hola”

Hola, me llamo xxx, soy una persona que vive con VIH y me declaro abiertamente gay. En mi vida he pasado por momentos buenos y malos, algunos me han dejado enseñanzas que las practico hasta el día de hoy. Nací en una familia católica, así que el proceso de revelación no fue tan dulce que digamos. De hecho, fue un largo proceso de aceptación, primero me tocó aceptarme a mí mismo; creía que lo que era o sentía estaba mal, a veces me repudiaba por ser como soy. A mis 5 años no sabía qué era, pero me sentía “diferente”; no me gustaba el fútbol o los carros y muñecos de acción; de hecho, me encantaba jugar con muñecas y los programas que supuestamente son solo para niñas; tenía que esconderme o buscar lugares privados para ser quien soy o aprovechaba que jugaba con mis primas para poder disfrutar lo que en verdad me gustaba. Sufrí de bullying por estos gustos y por ser “femenino” y no cumplir los estándares de un niño, no fue hasta los 10 años que en un libro de biología leí acerca de la homosexualidad y supe quién era, investigué más y más y vi que no estaba mal por sentir lo que sentía, por gustarme los niños.



En el colegio el ambiente fue más intenso, ya que al estar en un colegio solo de varones, me limitó bastante, fue la época más triste y dura de toda mi vida; pero me hice más fuerte y de alguna manera encontré ese amor propio que no recibía de los demás. A los 17 años mi familia se enteró que tenía un novio, en ese entonces yo decía que era bisexual para que de alguna manera la discriminación por ser gay no pesara. Recuerdo esa escena con tanta exactitud, pero ahora que la escribo, siento que duele menos, se me quitó la oportunidad de que salga de mi boca y poder preparar el ambiente. Fue algo abrupto, yo no lo planeé y lo primero que me dijeron mis padres fue: “¿qué hicimos mal?”, se cuestionaron mi crianza, me catalogaron de enfermo, de pecador; tanto es así, que mi madre se hizo cristiana e iba siempre a orar para que cambie. Me llevaron a una iglesia donde un pastor me hizo un exorcismo con el fin de eliminar a mis “demonios homosexuales”; me llevaron a un brujo e incluso con una psicóloga que me hizo cuestionar lo que yo ya tenía seguro. La psicóloga me llegó a decir que yo no era ni gay ni bisexual, solo era tímido con las chicas; a lo cual yo le respondí: “qué estupidez”.

Desistí de todo y les dije que yo no iba a cambiar y llegamos a un acuerdo: que todo lo haga en privado; “me metieron en un clóset” y por llevar la fiesta en paz accedí. No fue hasta que entré a la universidad a estudiar Psicología donde me empoderé cada día más. Sabía que no debía ocultar mis colores y de alguna manera seguir forjando mi independencia y mi camino. Me permití educar e informar a mi familia de quién soy, de que aparte de ser “gay”, soy humano, soy hijo, soy hermano, soy amigo. A veces se invalidan las otras características positivas y por la sociedad machista y heteronormativa en la que vivimos, nos dejamos llevar por los prejuicios. Me tomó 4 años llegar a un punto en que mi familia no se sintiera avergonzada por ser quien soy; y el primer paso fue el conocimiento. A los 20 años empecé con el activismo y di con un seminario de diversidad sexo-genérica en la universidad, donde acudieron mis padres y se dieron la chance de escucharme más

allá de la imagen errónea que tenía de mí. Luego de ese seminario, mi madre me abrazó y sentí de alguna manera su apoyo hasta llegar a un punto donde ella me acompañó a las marchas LGBTIQ+ y con orgullo decir “mi hijo es gay y está bien”, ver en su mirada su cariño y respeto y no ver solo mi orientación sexual.

He pasado por mucho, mi diagnóstico de VIH me permitió seguir en este proceso de empoderamiento y darme cuenta de que dentro de la comunidad LGBTIQ+ existen aún ciertos prejuicios y que nosotros mismos nos discriminamos. Tenemos estándares incluso de cómo debe ser un chico gay; discriminamos lo femenino y es contradictorio que exijamos equidad y respeto, pero no lo practicamos entre nosotros. Cuestionamos el físico de los demás, su clase social y es que el punto de esto es evidenciar que aún existe discriminación no solo por la diversidad sexo-genérica, sino también excluimos al que es gordito, al que es moreno, al que usa lentes, a lo que de alguna manera “es diferente”.

Soy el marica, el afeminado, el sidoso, el puto, el débil y un sinnúmero de epítetos que me han dicho a lo largo de mi vida; y he llegado a amarme y aceptarme con todas mis características buenas y malas. Me costó lágrimas, pesares, pero también hubo risas, miradas y palabras de aliento de los demás. Y te pones a pensar que no todo está perdido. Mi historia no es para que sea ejemplo para los demás, pero sí un referente de que hay camino aún por recorrer y que la aceptación empieza por uno mismo. No estamos solos ni solas. Aférrate y luchemos juntos por la visibilización y que la discriminación y el miedo no sea lo primero que se venga a la mente al hablar de diversidad sexual.

Kelvin Molina

“Hola, me llamo Joel”

Hola, me llamo xxx

Si estás buscando una historia romántica como las que te vende el cine, pues lamento decepcionarte, ya que esta no es una de esas. Mi historia está dirigida a:

- Aquellos que están en una contienda interminable con sus familias.
- Aquellos que temen por su seguridad en el colegio o en sus casas.
- Aquellos que se sienten solo, sin una mano amiga que los apoye.

Me gustaría darles un inicio, aquel momento exacto de revelación donde mi mundo entero colapsó al descubrir mi orientación sexual, pero la verdad es que no tengo algo así para contarles. Pues siempre he sido un niño alegre y dispuesto por compartir mi tiempo con cualquiera. En mi cabeza no había juicios por los gustos, géneros o la política. He ahí mi atracción inocente por “ellos”; sin embargo, en mi infancia volvía las sospechas de mis padres en immaculadas chácharas.

Realmente me considero afortunado de tener memoria desde los 2 años y medio, edad en la que ingresé a kínder gracias a mi madre, quien siempre se ha esmerado por adelantar mi desarrollo y exigir mi máximo esfuerzo. Admito que las inintencionadas sumas de estrés que ha puesto sobre mí, me volvieron demasiado paciente y perseverante. No suelo expresarlo, pero estoy orgulloso que alguien tan sacrificada y estricta como ella, sea mi madre.

Por otro lado, tenemos a mi padre, un tipo demasiado sociable y algo despistado, la antítesis de mi madre, pero de alguna manera terminaron juntos, aunque si te soy

sincero, no me sorprende; se conocían desde niños. Sin embargo, no hubo duda alguna de que mi concepción fue la manzana de la discordia entre ambas familias.

A medida que mi vida escolar se iba desarrollando, como todo niño, me “enamoraba” secretamente de niñas quienes nunca se enteraban de mis sentimientos, debido a mi cobardía. Bueno, vivir en un barrio corroído por la droga y las balas, te obliga a permanecer en casa gran parte del tiempo, así que no tuve amigos vecinos a lo largo de 10 años y la única práctica de valor que ejercía era la declaración de una travesura mía o de mi hermana menor, que se recompensaba con el cinturón.



En consecuencia, me convertí en un niño aislado, recluso voluntario de su cuarto, con amigos de plastilina y una televisión como contacto al mundo real. Mis padres solían dejarnos solos en casa, a merced de nuestro instinto; hasta que llegó mi abuela para cuidar especialmente de mi hermana, que raya en ciclos de vómitos y dolores estomacales ocasionados por sus caprichos alimenticios.

Sin notarlo, mi entorno se volvía más hostil a la homosexualidad. Recuerdo a mi padre exaltarse al presenciar un programa animado que solíamos ver, nos manifestó lo siguiente –y cito textualmente: “Joel, tú eres varón y deben gustarte las mujercitas, y tú Josmara deben gustarte los varones”. En ese momento, sus palabras no tuvieron importancia para mí, pero de alguna manera esa amenaza entre líneas llegó a mi subconsciente.

Tal vez fue por el constante ahínco de mi padre al forzar-me en vano a hacer “actividades masculinas”, como el fútbol, pasar tiempo con amigos o hablar con mis primos. Si hay algo que no ha cambiado, es mi desdén a la opresión de mis padres para hacer cosas que no deseaba, como la constante crítica por mi cabello rizado que se volvía motivo de peleas y tirones al peluquero para tener un “corte masculino”. Ese impulso constante fue una de las razones por las dejé de compartir con ellos, imaginen los problemas que me hubiera causado decirles que por alguna razón el miembro expuesto de mi compañero de natación me causó interés; o que un pervertido me tocó mientras estaba haciendo compras para el almuerzo.

Aunque sea difícil de creer, era un buen estudiante, tenía un grupo limitado de falsos amigos que me hacían compañía en el receso, por un poco de mi lunch. De repente, como si tres cambios

de colegios no fuesen suficiente, en séptimo grado tuve que adaptarme a una nueva escuela repleta de alumnos que constantemente cuestionaron mi sexualidad y me aislaron.

Tal fue la ceguera de los maestros que no pudieron notar cómo en cada mañana y tarde, una fila se dividía en 2 segmentos con un estudiante en el centro que sufría la exclusión del curso entero, porque nadie quería tocarlo ni ser tocado por él al momento de hacer levantamientos de brazos. Al parecer, el no gustar del fútbol junto a la ausencia de una novia, se concibe como una atrocidad escolar que se purga con la depresión, sumado a los llamados de atención de padres y docentes. No es de sorprenderse porque mis notas decayeran drásticamente en las idas y vueltas al tacho de basura, donde sacaba puntas a mis lápices para evadir el llamado de la lista que exigía mis tareas.

Se preguntarán si esto puede empeorar... pues, como si de una sátira se tratase, tuve que aprender a lidiar con la constante burla por los zapatos deportivos blancos que mi madre me compraba, que inocentemente confundía el modelo masculino por el femenino y en mi ignorancia, creía que la mofa era a causa de mi prejuicio: “Sólo las mujeres pueden usar zapatos de cuero blanco”.

No entiendo qué habrá pasado en mi mente, para reprimir todos los recuerdos de octavo y noveno año de educación básica. Es un vacío mental que se sustenta en mis constantes noches de llanto y enojos de mi madre.

Qué mejor manera para destrozarte los ánimos que sentirte solo en el colegio y en casa; ver cómo se abrazan y sonríen, mientras tú estás en un rincón oscuro.

Me desentiendo de la censura al recordar los atentados a mi persona con un cuchillo, golpes o sueños constantes de muertes, donde corro desesperadamente por mi vida. No se preocupen, bastó la tristeza que causó al ahorcamiento de mi primo, quien sí cumplió el mismo cometido que alguna vez tuve.

Si ya se han dado cuenta, no he contado con nadie para lidiar con mis problemas. He tenido que volverme fuer-

te cada vez que mi sentido del valor se destruía. Lo único que puedo rescatar es el consuelo que me dio el arte en los peores momentos, como en mi operación o en peleas con mis padres.

A partir de aquí empieza una etapa, la adolescencia, y como es de esperarse, el internet tomó protagonismo en mis escabullidas nocturnas en busca de contenido pornográfico. Admitámoslo, para todos y principalmente los miembros LGBTIQ, el porno fue nuestra única fuente de educación sexual, ya que en los hogares y escuelas prima el pudor religioso.

Mi exploración sexual no ha sido diferente a la de los demás, conocer el cuerpo humano, experimentar placer y desear el contacto físico de alguien, aunque en mis fantasías esté "alguien" aún no posee un sexo. Pero, no tardé mucho al notar que no podía apreciar un video que al menos contenga un ser masculino.

La pérdida de peso y la alta estatura a causa de la pubertad, me brindaron mayor confianza y ésta atrajo a personas que de alguna manera vieron valor en mí; de este modo aprendí a valorarme y hacer caso omiso a todas las burlas que recibía.

Si tuviese que destacar un periodo importante en mi vida, sería décimo año, donde tuve mi primera atracción por un chico. Era mi mejor amigo –o así yo lo describía– ya que habíamos notado la existencia del otro un año antes de compartir banca.

Era un chico alto, de piel clara, cabello castaño rizado y ojos avellana. Atractivo e inteligente y por alguna razón él siempre me buscaba para pasar tiempo conmigo. Yo ingenuamente buscaba una excusa para dormir en sus piernas o sostener su buso durante los partidos, peleándome con las chicas del curso. Al parecer, nunca noté lo obvio que era.

De ese modo, mi interés ya no estaba en las chicas, pues la exhibición de los cuerpos fornidos de mis compañeros durante el cambio de uniforme causaba el cosquilleo de mi abdomen, que se acompañaba de mis respiraciones entre cortadas y de la impetuosa erección que debía ocultar; y la desnudez de mi mejor amigo no ayudaba a mi situación.

Gracias a esta y muchas otras experiencias, pude reconocerme como gay y cada vez me volvía más expresivo y abierto con todos. Hasta que un día, de una manera inesperada, recibí una burla por parte de un compañero de clases a quien en un arrebato de ira le quité el puesto de cuadro de honor, a base de estudio y participaciones. Reconozco que, a causa de su burla, descubrí la satisfacción que se siente al ser admirado por los demás, originando un cambio radical en mi historia académica, volviéndome en el mejor de mi promoción.

Durante los últimos años de bachiller, muchos entrometidos me acusaron con mi madre, quien adquirió un fanatismo religioso y me obligaba a asistir a misas, sin importar del cansancio que me originaba los horarios de 12 horas, de lunes a sábado; los cuales se repartían entre el bachillerato, cursos de inglés y preparación para exámenes de ingreso a la universidad. Irónicamente, la iglesia terminó matando la última pizca de fe que tenía. Ya se imaginan los habituales sermones contra la homosexualidad; las charlas contra el sexo; y, sumado a las peleas familiares que se cesaban con una amenaza de desalojo.

Sé que esto empieza a sonar al papel de una víctima; pero, por alguna razón una parte de mí continúa convenciéndome para seguir aguantando las humillaciones públicas y la hipocresía intrafamiliar.

Terminé el bachillerato despidiéndome de mis amigos y anunciando a unos cuantos mi homosexualidad. Nunca tuve el valor de declarar mis sentimientos a mi amigo, a

pesar de convivir con él el 3er. año y poder compartir detalles íntimos. Además, algo nuevo empezaba en mi vida: la vida universitaria y el constante acecho de mis padres.

De algún modo mi madre adquirió la costumbre de maldecir mis acciones algo afeminadas, con alguna frase homofóbica.

“Ellos no saben que eso es pecado. Dios creo al hombre y la mujer”

“No te quiero ver dibujando mariposas y cuidado con tus movimientos (empieza a hacer mímicas)”

“Recuerda que Dios te ve, así sea que te metas en una caja de fósforos”

Tuve que iniciar mis clases del CEN y el preuniversitario con la moral por los suelos, lágrimas en los ojos y la mente inundada en un sempiterno cuestionamiento.

¿Tendré que decirles que me gustan los chicos? ¿Cómo reaccionarán? Y ¿si me botan de la casa? ¿Podré tener novio algún día?

Tal vez, como muchos, ya había pensado en decirles solo si alguna vez llegaba a tener una pareja, pero mi salida del clóset tuvo que adelantarse. No fue sencillo aguantar los juicios y peleas de mis padres, que me acusaban de salir con otras personas o de ignorarlos cuando mis intenciones nunca se dirigían al enojo o a responderles.

A pesar de que mi familia ha reconocido el esfuerzo de mi hermana o de otros familiares sobre el mío, no me hería más que las despiadadas mentiras que me planteaban para que actúen de un modo que esperaban, como sucedía durante la etapa de amenazas de separación entre mis padres, que de algún modo lograron enviarme a una psicóloga, quien concluía diciendo: “Te veo emocionalmente más sano a ti que a tus padres”.

Por suerte, desde que inicié el preuniversitario, cuento con amistades dispuestas a compartir desde lo íntimo a lo académico, lo alegre y lo triste. Ellos me brindan la seguridad suficiente como para hablar de mi orientación sexual y recibir abrazos que olvidaban el concepto de masculinidad tóxica; a la vez que brindaban una calidez que me convencía de que mi hogar estaba fuera de las cuatro paredes que comparto con mis padres.

Como ya lo he mencionado anteriormente, he vivido una vida escolar apresurada; y, en consecuencia, cumplí la mayoría de edad un año después de entrar a la universidad ESPOL. Donde, gracias al psicólogo de la institución, pude tomar valor para salir del clóset una semana antes de mi cumpleaños.

Reuní a mi familia la noche del 27 de julio del 2017 y salí del clóset. Aunque lo único que supieron hacer fue negar mi “decisión” y ofrecerme terapia. Tal propuesta solo me devastó y terminé saliendo de la sala a mi cuarto, donde me encerré y olvidé por completo los exámenes que estaba cursando en esas fechas.

¿Alguna vez se han sentido invisibles? Pues yo sí. Los días siguientes no me dirigieron la ni siquiera la mirada; y, al momento de subir al auto solo podía ver por el retrovisor las lágrimas de mi madre, mientras el silencio se apoderaba de mi padre y mi hermana. Era de esperarse la falta de voz para siquiera decir “adiós”, cuando me dejaban en la parada del bus a la universidad. Ese día, los únicos abrazos y palabras comprensibles vinieron de mis amigos que me sostenían para que no decaiga al piso.

Joel David Escala Ramírez

“Mi salida del clóset, por así decirlo”

¡Hola! Mi nombre es xxx tengo 25 años, hoy les vengo a contar mi salida del clóset por así decirlo. El relato se dividirá en dos partes Madre y Padre, ya que fueron en dos edades distintas.

Desde niño sabía sobre mi homosexualidad, pero como en la vida de todo niño, con padres religiosos, escuchaba día tras día en reuniones familiares o sociales: “Los homosexuales son enfermos”, “los homosexuales son degenerados”, “qué asco los homosexuales”.

Sabía que podría aceptarme y ser quien soy, cuando viera solo o tuviera independencia. Madre:

Tenía la edad de 15 años cuando tuve mi primera relación con un chico un par de años mayor a mí. Teníamos algunos meses ya de novios cuando se me ocurrió la gran idea de exponer la relación en una red social. De inmediato, al publicarlo en dicha red social, mi madre entró pálida y con cara de preocupación a mi habitación con un cigarro que apenas lo había prendido.

Y preguntó. ¿Por qué pones eso?

Le dije, mamá él es mi novio soy bisexual. No tenía el valor para decirle que era homosexual; sabía que iba a costarle más aceptarme y sabía que ella sentiría que falló como madre. Después me preguntó si ya había tenido relaciones sexuales si ya me había besado con él.

Le dije que aún no había tenido relaciones sexuales con él, pero que sí nos habíamos besado, que ya llevamos algunos meses juntos de novios.

Mi madre apagó el cigarro que había prendido hace un par de minutos y prendió otro y solo me dijo “bueno”;



y esa fue la última palabra que escuché de mi mamá durante varias semanas.

Tenía que encontrar la manera de hacerle entender que no falló como madre y que los homosexuales no somos enfermos o degenerados. Busqué en internet y encontré una película llamada “Plegarias para Bobby”, una película de temática gay religiosa. Era perfecta para hacerle entender a mi mamá, que seguía siendo el mismo. Ahora solo debía encontrar la manera de que mi madre vea dicha película. Un día por coincidencia en un local de películas y CD, vi la película; de inmediato la compré. Ahora solo debía encontrar el momento para que la viera.

Pasaron los días y me invitaron a una fiesta, era la oportunidad perfecta para que mi madre vea la película; entonces decidí dejar la película sobre su cama antes de irme a la fiesta.

Al regresar de la fiesta, el sonido de la puerta de entrada de mi casa alertó a mi mamá. Ella salió rápidamente a abrir la puerta llorando, me abrazó y me dijo: hijo mío pensé que habías ido a hacer tonterías; perdóname por no entenderte, yo te amo sea como sean tus gustos. Eso no quita que eres mi hijo.

Desde aquel día, mi mamá se volvió en mi más grande aliada y mi fan número uno.

Pasaron los años, mi madre ya sabía que era homosexual; entonces, ya no me importaba nada. Era homosexual en todos lados: en la calle, en el colegio, en casa; al final, mi madre sabía y me apoyaba. No me importaba nada más que eso.



Padre:

Mi padre es una persona estricta, religiosa, homofóbico y criado a la antigua, por así decirlo. Nunca aceptaría tener un hijo homosexual.

Tenía la edad de 17 años, seguía con mi novio y un día se me ocurrió la brillante idea de subir una foto besándonos a una red social.

Apenas la subí, un primo le dio like a la foto que había publicado. Pensé: esto o me hunde o me saca a flote.

El mismo día, mi mamá salió de fiesta con su grupo de amigas. Yo me había quedado solo en casa, ya que mi padre estaba trabajando.

Pasaron las horas y ya era de madrugada, cuando escuché la puerta y salí a ver quién había llegado. Era mi padre, estaba ebrio y solo me miró y gritó “¡MARICÓN! Mi apellido no lo vas a ensuciar”.

Le dije: “papá, no estás con tus cinco sentidos bien puestos”. Me di la vuelta y di unos pasos a mi habitación; cuando sentí que me tomaron del cabello y jalaban hacia atrás mientras escuchaba estas palabras “¡TE VOY A MATAR MALDITO MARICÓN!”.

Ya en el piso, mi padre enredó su mano en mi cabello y se me dificultaba ponerme de pie. Me pateaba en las costillas, mientras gritaba que había ensuciado su apellido, que en su familia no va a haber maricones “¡TE VOY A MATAR!”

Logré zafarme y dar algunos pasos. Me dolían mucho las costillas por todas las patadas y puñetes. Llegó a la sala y empecé a gritar “auxilio”, esperando que alguien pueda escucharme. Mi padre me alcanza y vuelve a jalarme del cabello. En la sala de mi casa había una columna y empezó a golpear mi cabeza contra la columna, mientras gritaba “¡TE VOY A MATAR ¡¡MARICÓN!”

Al segundo golpe quedé casi inconsciente, cuando escuché el sonido de un patrullero. Logré zafarme y grité otra vez por ayuda. El patrullero se estacionó, pero yo no tenía cómo darles acceso a la casa para que me ayuden.

El vecino de la casa de alado, que guardaba su auto, había estado escuchando mis gritos de auxilio. Abrió la puerta del garaje –ya que era eléctrica– la policía logra ingresar y empiezan a decirle a mi padre que abra la puerta, que salga por voluntad o ellos entran por la fuerza.

Mi padre de inmediato abre la puerta y entran los policías, esposan a mi padre y lo sacan, Llegó mi mamá después que la había llamado el vecino, mientras sucedía todo.

Mi madre, al verme golpeado entra en estado de furia y empieza a golpear a mi padre. Los policías la detienen y le dicen que ella también podría ir presa. Le explicaron si quería demandar a mi padre, ella de inmediato respondió que sí. Nos subieron a un patrullero y nos llevaron a hacer un examen médico legal para poder denunciar a mi padre.

Pasaron dos días en los cuales estuve hospitalizado y mi padre detenido, ya que esperaban el examen médico-legal para que le dieran una audiencia. Mi padre estuvo privado de su libertad durante 3 meses.

Cuando salió de prisión, ya nada era lo mismo. Nuestra relación padre e hijo se había dañado por completo y hasta el día de hoy que tengo 25 años de edad, sigue siendo así.

Esta fue la historia de mi salida del clóset . ¡Muchas gracias por su Atención!

Dorian Albán

“Una Historia, Una Vida Que Aún Se Vive”



Dedicada a todas las personas que aún siguen con un sueño, pero que con esfuerzo se consigue y se hace realidad, es más que un relato de mi vida, es una experiencia de muchas personas en el mundo, en especial si eres de la comunidad LGBTQ+. “Fuerza y fe son mis principales herramientas para conseguir un mejor futuro”.

Era el año 1996, tiempo en que Venezuela era un país potencia económica; viviendo cosas buenas y estableciéndose las futuras consecuencias para la población en los venideros años. Volviendo a la historia, nací en un pueblito llamado El Turagual, en el estado Trujillo- Venezuela, bajo el seno de una madre comerciante y un padre campesino, en una familia de clase media baja, con una hermana y un hermano de otro padre. Fue así como crecí en este círculo familiar.

El tiempo pasó. Sin darme cuenta, fui creciendo y aprendiendo muchas cosas, entre ellas, el cultivo de hortalizas, el arado, el cuidado las cosechas por plagas; todo en compañía de mi padre. Y con mi madre, comencé a aprender a leer y sacar cuentas. Ya a los 8 años de edad también empecé a ver el mundo, la sociedad de una manera extraña. Me entraron muchas preguntas, entre ellas, ¿qué hacían mis padres en su habitación? Luego de vivir unos años con la familia de mi padre, alejado de la ciudad, en un pueblito con clima frío y de poco sol, llamado Montero, mi madre tomó la decisión de independizarse y emprender ella sola con su trabajo y cuidar de sus 2 hijos menores. Y nos fuimos a vivir a la

ciudad. Mi madre había comprado un terreno y construido una casa en la cual fue el hogar hasta mi madurez.

Pasó un cierto tiempo y empecé a aprender cosas; ingresé al preescolar, luego a la escuela y aquí me di cuenta que la vida no es como uno espera que sea. Viví en una urbanización que se llama sector San José del Turagual, Municipio San Rafael de Carvajal. Al estar en la escuela se inició una etapa de bullying por mis compañeros de aula, por ser de clase baja y venir de una familia campesina. A pesar de golpes, malas palabras y la distancia que mantenía de mis compañeros, tuve el agrado de hacer 2 amigos que hasta el sol de hoy son como hermanos; personas que siempre me apoyarían en todo. A los 11 años, mi rutina era de la escuela a mi casa, así mismo aprendí y entendí cosas como la sexualidad, temas que me llevarían a sentir que no son correctas ante la sociedad y mi círculo familiar. Me di cuenta de mi orientación sexual desde pequeño, por lo menos, me gustaba jugar con muñecas, a la casita, a maquillarme, a bailar, a imaginarme ser una Miss Venezuela. Me di cuenta que era natural, sin pensar que tendría la experiencia y que fue lo peor en mi vida.

No antes de los 12 años tenía muchos primos, entre ellos uno de 26. Una tarde fue a mi casa y yo jugaba carro, él estaba ahí sentado mirándome fijamente; yo me sentí extraño, tenía esa sensación y curiosidad de conocer lo que se estaba tocando en su parte delantera y que se le aumentaba entre su pantalón. Pero queriendo ir más

allá de lo que sabía teóricamente –pero no práctico–, yo miraba y miraba hasta que fui allí y me dijo que me esperaba en la casa abandonada, sin esperar que esa acción me llevaría a permitir mi violación voluntaria, donde conocería el dolor, el desangramiento, la tristeza y una mala experiencia. Una etapa de mi vida que quisiera olvidar. Luego de haber hecho lo que no quería –haber sangrado full–, aprendí a tener desconfianza de todo, pero mi gusto seguía hacia mí mismo sexo. Con el paso de los años, terminando la escuela, continué con el bullying y las amenazas por mis comportamientos afeminados. A los 15 años, en el colegio, fui desarrollando mis méritos de estudios, siendo uno de los mejores en calificaciones; pero también número 1 en maltrato por mis compañeros. Más adelante, comencé a trabajar en un hotel de lujo, como promotor turístico. Fue ahí que conocí más chicos como yo, con comportamientos afeminados más que el mío, con pensamiento liberal de género y fue cuando me llené de orgullo de ser como soy, a tomar cada día más valentía para enfrentar a la sociedad que me discriminaba. A mis 17 años decidí hablar con mi madre de lo que era; ella lloró, pero reconoció lo que era. Me apoyó desde el primer día, siendo mi fuerza familiar. Mis hermanos me aceptaron, mi familia también; pero por parte de la familia de mi padre fue lo contrario. Nadie me aceptó, se apartaron de mí; mi padre retiró su apoyo económico de mí y dijo que nunca serviría para nada en la vida y se olvidó de mí. Siendo mi madre el apoyo de todo y un padre también. Fue hasta el quinto y último año en el colegio, cuando empecé a ver el mundo y a la sociedad de otra manera, donde lo heteros estaban en su mundo y las personas de la comunidad LGBTIQ+ estaban en una lucha para ser respetados por su sexualidad. Después de haber salido del clóset, de tener la valentía y experiencia sexual con otras personas de mi edad, enfrenté a quienes que me humillaban o me hacían bullying, perdiendo el miedo y madurando emocionalmente. Al terminar mis estudios, disfruté la alegría de ser libre en pensamiento y creencia, sin que nadie me diga lo que debo hacer o no.

Mi madre aconsejándome, me dijo: “hijo sigue estudiando, ve a la universidad y yo te apoyaré. Continué así mis estu-

dios, con la carrera de Administración Tributaria y Aduana en la universidad IUTIRLA. En este tiempo también estaba en una etapa de confusión de identidad, por lo que creí que quería ser una mujer, travesti. Después conocí personas homosexuales que me motivaron a ser partícipe de un concurso de travestís. Fue mi emoción saber que iba a participar y disfrutar una de mis fantasías, usar peluca, tacón, caminar sobre una pasarela y expresar mi sentimiento por el arte de la transformación. Ingresé a la universidad y a escondidas de mi madre iba a ensayos del concurso. Aún no estaba cómodo con lo que vivía, ya que el bullying por mi físico o mi comportamiento de buen muchacho educado, era motivo de burla ahora de mis amistades en la comunidad LGBTIQ+. Se manifestaba un poco en la universidad este tipo de burla hacia mí.

Pasaron los meses y en un abrir y cerrar de ojos, llegó el día del concurso. Al momento de maquillarme y ponerme todos los accesorios, me miré en un espejo y no me sentía yo mismo. Durante el concurso estaba solo y asustado, sin saber lo que hacía; se me olvidaron todos los ensayos, quedé eliminado y ya no quise verme más de mujer, sino un hombre homosexual. Después del concurso fueron muchas las consecuencias, entre ellas, que tuve que acostarme con el organizador del evento para participar, sacar dinero de donde no tenía para comprar las cosas, que a la final no sirvieron para nada, solo el recuerdo y experiencia de una de tantas etapas de la vida. Decidí seguir mis estudios en la universidad, pero en ese momento comenzó lo peor para mi madre, mi hermana la menor y mi persona económicamente: tras la muerte de Hugo Chávez, empezó la caída económica más grande de la historia del país, trayendo consecuencias para la familia venezolana. Yo, como estudiaba en una universidad privada, mi madre empezó a verse en la obligación de vender sus pertenencias de trabajo, prendas para pagar mi carrera, comiendo lo justo y solo 2 veces en el día. Me quejaba sin saber que mi madre no comía para darme más a mí, pero así continué mi camino, con empeño y esfuerzo.

No supe más de mi padre hasta no más de 4 años cuando terminaba mi carrera; se enteró que me iba a graduar en

una profesión; así que se acercó hablo con mi madre y conmigo para pedir perdón por lo que hizo y mostrando su mano de apoyo. Algo que solo quedó en palabras vacías, pues mi madre por la crisis económica me mandaba a hacer ropa, porque era más económico. Comíamos 2 veces al día, hasta que llegaron los días de comer solo yuca con salsa de tomate, sintiendo un gran dolor viendo a mi madre llorar por la situación; fue cuando prometí salir adelante para ayudar a mi familia.

Terminando casi la universidad, empecé a laborar con un organismo público que se llama el SUNDDE, que se encarga del control de precios, facturas, movilidad, impuesto de productos en las empresas públicas y privadas. Comencé aquí mi etapa de trabajo. A mis 18 años tuve pareja, un chico de mi edad que se portó bien y al día de hoy somos amigos; pero yo me porté mal y solo lo hice sufrir, lo que me traería consecuencias más adelante. Mi relación duró 2 años, se aprendió y se sufrió, pero al quedarme solo y por tristeza amorosa decidí surgir, trabajar y sacar adelante a mi madre y mi familia, a que nada les falte. Trabajando aprendí muchas cosas, entre ellas la contabilidad, las leyes, como también el comportamiento corrupto de compañeros de trabajo. También la decepción del gobierno, cuando le daban más al que no necesitaba y el pobre, cada día más pobre. Veía las largas colas que hacían para comprar alimentos y por ser

agente público había preferencia; el que necesitaba no compraba. Estos y muchos casos me decepcionaron y fui testigo de los atropellos que hacía el órgano público con el pueblo. Por un tiempo me dejé sobornar, pero el dinero era solo un pasatiempo; me di cuenta del grave error que cometí. Pasaron los meses y a mis 20 años, con un país hecho pedazos, trabajando bajo lineamientos políticos que no apoyaba, decidí retirarme de mi zona laboral. Así mismo, esperando que me entregaran el título profesional, con lo poco que gané en mi trabajo, apoyé económicamente un tiempo a mi familia, pero no era suficiente. El conformarme con lo mínimo no era lo mío, decidí tomar otro rumbo en mi vida, salir de mi país, mi patria, en busca de una mejor oportunidad. Ha-

biendo salido de mi trabajo sin poder sacar mis documentos legales, por tramas políticas y con poco dinero, hablé con mi madre y decidí irme a otro país, bajo todos los riesgos para ayudar también a mi hermana y a su hijo, que es como mío. Recogí mis cosas y decidí partir, dejando atrás buenos recuerdos, como las personas que conocí, las fiestas del orgullo. Empecé mi viaje, teniendo en mente "soy gay, soy hombre, soy guerrero y con fuerza y fe seguiría adelante".

Mi viaje empezó desde el terminal de Valera-Estado Trujillo, Venezuela, a la ciudad de Maracaibo. Allá me buscaría un amigo que sería mi compañero de viaje, una persona guerrera y que se entendía conmigo, ya que era gay como yo. Tras 4 horas de viaje llegué a Maracaibo y mi amigo me llevó a un lugar que se llama La Guajira, habitado por personas indígenas y con costumbres diferentes a las mías. Estaba incómodo, pero tuve que quedarme ahí por una semana hasta que mi amigo tuviera dinero e irnos a Colombia. Esta semana tuve la experiencia de cómo dormir en una colchoneta en el suelo, en comer algo que no había probado; costumbres que no me gustaron, pero tuve que adaptarme.

A lo largo de esa semana, en Maracaibo-La Guajira, me llagaban los recuerdos de mi casa, mi cama, mi familia; y me llenaba de tristeza. Ya cumplida la semana, mi amigo y yo decidimos seguir nuestro camino a Colombia. Fue así que llegamos a Maicao, la frontera con nuestro país vecino. Cruzamos y empezamos a caminar con destino a Barranquilla. Fue mucho lo que se vivió, como caminar de noche, dormir en plazas, pedir dinero, recorrer kilómetros y kilómetros de noche, sin que nadie nos diera un aventón; dejando la ropa botada, para eliminar peso y llevar lo necesario. Fue así que llegamos a un pueblo llamado Bosconia, pasando Valledupar, esperanzado en recolectar dinero y agarrar un bus hasta Barranquilla. Conocimos a una chica travesti que nos ayudó y esa noche nos dio comida y donde dormir. Al día siguiente, mi amigo recolectó lo suficiente y nos fuimos en bus a una ciudad llamada La Atlántico. Un amigo de escuela y colegio nos recibió por una noche y al siguiente día comenzaríamos a trabajar en venta de la

calle, con bebidas. Fue mi primera experiencia como vendedor informal, bajo sol, hambre, cansancio y susto, pero sabiendo que a partir de ese día nos tocaría dormir en la calle nuevamente; comer en las mañanas papas rellenas y en la noche pan. Mi amigo no nos podía ayudar más, nos tocaba reunir dinero para arrendar, fue así que pasamos una semana durmiendo en lugares públicos, trabajando de 7am a 8pm ganando apenas 15 o 10 mil pesos en el día, que no alcanzaban para nada. Luego de una semana en Barranquilla arrendamos un cuarto compartido con 10 personas más, pagando 5mil pesos diarios, donde entraba y salía cualquier persona, poniendo en riesgo nuestras pertenencias; fue así que pasaron 5 meses en una rutina que se convertiría en decepción y con ánimos de irme de ahí; después de unos meses delgado, durmiendo poco, sin poder ayudar a mi familia económicamente, de sol a sol en la calle ya no sabía cuál sería mi futuro, decidí tomar mis cosas, me organicé con mis amigos para emprender otro viaje hacia Perú, destino que todos comentaban donde había mucho trabajo.

Un día, tomamos todas nuestras cosas y empezamos un largo viaje de más de un mes, de mochileros, comenzó nuestra aventura, dejando atrás Barranquilla.

Después de una mala experiencia, pero con una buena lección y aprendizaje, empecé mi viaje yendo de carro en carro, caminando, durmiendo donde se podía; apoyándome con mis compañeros de lucha, pasé por muchas ciudades, entre ellas, Pereira, Cartagena, Medellín y otras, durmiendo en terminales, pidiendo dinero, con la ropa sucia, cansado, con hambre, pero

siempre con fe y ánimos de seguir adelante. También hubo personas que nos ayudaron mucho; personas de buen corazón. Así mismo, una aventura inolvidable, pero fue en Cali donde llegamos a un refugio de migrantes venezolanos, donde se observaba de todo: familias, personas mayores, malandros y que sólo una sábana encima de una grama tuvimos que dormir por una semana, esperando que las organizaciones internacionales ayudarán a todos los que estábamos ahí. Para comer había que ha-

cer colas, correr, comer comidas dañadas, despertar por la madrugada por las lluvias y correr con todas nuestras cosas a una estación de servicio, esperando que pase la lluvia y volver a dormir. Ya a la semana, el gobierno colombiano decidió desalojar el refugio y reubicar a las personas donde fuera más conveniente; y así, ya pasada la semana y haber desalojado el refugio nos llevaron a una casa hogar. Ahí nos dieron la oportunidad de seguir adelante con el apoyo de las organizaciones. Alegre y con mi compañero de viaje, con el que salí de mi país continué mi camino, pero ahora en bus. Aquí conocimos un grupo de chicos gays que se unirían al viaje.

Emprendimos el recorrido y llegamos a Ipiales, donde la ONU apoyó a todos con dinero para comida. Llegamos luego a la frontera con Ecuador, en que había un periodo de colapso en las fronteras. Tuvimos que estar otra semana ahí para poder sacar la Carta Andina y sellar la misma, pasar Ecuador e ir al Perú. Estando una semana en Rumi-chaca, casi que congelados del frío y comiendo poco, me entregaron la Carta Andina; luego pasé a Ecuador, donde esperé unos días más. El dinero que tenía se me acabó y tuve que volver a Ipiales a pie, junto a los otros chicos, a pedir dinero. Y así pasé días en la frontera hasta que pude sellar documentos para después dirigirnos a Tulcán. Nos hospedaríamos unos días ahí donde por la astucia de un compañero de viaje, que era casi mujer, un señor nos ayudó y empezamos a buscar trabajo. Mi amigo y los otros 3 integrantes nos quedamos en Tulcán; pero, más adelante, por diferencias que no pensaba que pasaría, mi amigo decidió seguir solo y yo me quedé con el grupo, sin pensar que eran personas de mala influencia y aprovechados.

En Tulcán, el señor nos dio la opción de ir a un pueblito que se llama San Gabriel, que tenía una casa para habitarla y conseguir trabajo allá de recolector de papas, y que para mí sería fácil por saber ya del trabajo por mi papá, cosa que los otros chicos no querían. Me tocó hacer todo a mí; por ejemplo, encender el fuego para calentar comida, porque no había gas; dormir en el suelo, porque solo había una cama para 4 personas. Pero no duró mucho, porque tuvimos que regresar a Tulcán y darle las gracias al señor que

nos apoyó y seguir nuestro viaje a Perú, ya que los chicos no se adaptaron al pueblo y el vivir de poco.

Al volver a Tulcán decidimos pedir dinero y llegar hasta Quito; pero decidimos caminar y ahorrar dinero, por emergencia y nos fuimos de carro en carro, hasta llegar a Ibarra. Ahí tomamos un bus y seguimos a Quito llegando a la estación de Carcelén y luego a la Av. Naciones Unidas a comenzar a pedir dinero, sin saber que el viaje a Perú llegaría a su final y Quito sería mi destino. Estando aquí, empezamos a pedir dinero, pero los malos tratos, insultos y el bullying llegaron; y sin tener idea, mis compañeros me mandaban a pedir dinero para ellos, comida para ellos y yo ya era solo una carga y su sirviente, además de recibir lo poco que me daban por mi esfuerzo. Así me di cuenta que en nuestra comunidad LGBTIQ+ también existía el aprovechamiento a personas débiles o el abuso de confianza. Tuvimos que dormir dos noches en las canchas sintéticas de La Carolina, recolectando dinero para unas personas malagradecidas. A los 2 días se recolectó como \$350 y en una oportunidad me dieron un dinero y me lo guardé, fui al Centro Histórico y al volver me encontré con la sorpresa que los chicos me apartaron de su grupo, quedando solo y sin saber qué hacer. En la vida no hay que confiar-se de nadie, sea hetero u homosexual, lesbiana o lo que sea, porque al menor descuido te dan la puñalada por la espalda; ya que nadie es sincero, solo Dios.

Al quedar sólo y sin saber qué hacer, tomé mis cosas y me fui a un refugio que estaba en Carcelén. Allí recordé que tenía unas amistades y pedí ayuda con tristeza. Solo me tocó llorar y llorar sin saber qué hacer. Mis amigos quedaron en buscarme, pero solo pensaba en la preocupación por mi futuro tan lejos de casa. Me instalé en el refugio esa noche y al siguiente día, sin poder dormir escuché las voces de mis amigos que fueron a buscarme. Con alegría los

abracé y para mi sorpresa, en una de las carpas estaba el amigo con quien salí de Venezuela; pero sería la última vez que lo vería, él seguiría adelante y no lo vería más hasta el sol de hoy. Luego que mis amigos fueron a bus-

carme, me llevaron a su residencia. Empecé a vivir en un barrio que se llama Atucucho, cerca de la Av. Occidental y San Carlos, al norte de Quito. Inicé vendiendo caramelos y así conocer más la zona. Mi amigo que me recibió, me presentó a más chicos gays. Después de estar un mes, empecé a laborar en una peluquería, con los compañeros que me recibieron. Aprendería muchas cosas, a luchar solo, porque quiero ser independiente. Después de unos meses me retiré de la peluquería y comencé a trabajar en el sur de Quito vendiendo "Vive 100", una bebida energética en los semáforos, esforzándome cada día, sin saber qué era la intimidad, un beso, nada, solo trabajo y trabajo.

En los largos viajes que hacía desde Atucucho, al montar 3 buses y una hora de viaje de norte a sur y viceversa, recordaba los momentos que tuve mucho afán por el sexo con mis compañeros de clase, mis vecinos, los compas del barrio, las fiestas en la disco, en mi casa, las grandes rumbas que organizaba por mi cumpleaños; los miss travesti que organicé, los triunfos de diseñador de trajes, mis clases de pasarela, oratoria, los triunfos con mis estudios; también recuerdos oscuros, como mentir, robar, engañar, humillar, la lujuria, el momento que permití una violación, secreto que hasta el día de hoy mi madre no sabe, siendo así los únicos acompañantes de mis viajes al trabajo por muchos meses. Una de mis peores acciones como persona, fue humillar y reírme de mi expareja por ser VIH positivo. Salió en mí una malvada reacción, pecado y sin saber que más adelante, pagaría las consecuencias.

Viviendo en el norte, en una montaña, lejos de todo, mudado más de 7 veces de casa, la cual me permitió ver la convivencia entre homosexuales, en que pensé tener una buena experiencia; pero fue todo lo contrario: la convivencia entre 13 compañeros en una habitación pequeña fue todo hipocresía, envidias, malas amistades, lujuria. Todos pensaban que éramos rivales. Fue el motivo para mudarme muchas veces, queriendo estar solo y en un mejor lugar.

Los meses que trabajé a distancia de mi domicilio conocí lugares de ambiente, discotecas, bares, me hice derrochador del poco dinero que hacía, saliendo frecuente-

mente. Fue el tiempo que todos los que conocí tomarían sus caminos y quedaría solo, sin dinero, apostando a la suerte. Gracias a un señor que conocí en el trabajo, me pude mudar al sur de Quito, solo con mi ropa y un colchón viejo que me habían regalado. Viviendo en el sur, cerca de mi trabajo, empecé a sobrevivir por sí solo, sin ayuda de nadie y a ayudar a mi familia.

En el sur me mudé 5 veces más; viví 2 años con un chico ecuatoriano que me arrendó un cuarto y fue aquí que estuve 2 años luchando y ayudando a mi familia con lo poco que hacía. Flaco, sin tener nada material ni teléfono ni ropa nueva, pero agradecido por ese trabajo que me ayudó en muchas cosas. Conocí amigos, dirigí y administré una microempresa unos meses; compartí con mis compañeros de trabajo, fueron muchas cosas que me pasaron, pero la más importante: empecé a quererme e independizarme.

Después de 2 años y con la pandemia del Covid19, se complicó mi situación económica. Los pocos ahorros que hice se me fueron en comida y arriendo; por esta época presencié la primera boda de lesbianas en mi vida, así como la marcha LBGTIQ+ en 2019, aprendiendo más del activismo gay y creciendo en pensamiento, madurez y a no ser como era antes. A pesar de la pandemia, empecé a tener una vida sexual más activa, corrompiendo mi comportamiento; sin saber que este sería mi castigo. Así, después de unos meses de pandemia, comencé a ejercer un trabajo que en mi vida pensé que sería de los peores: la prostitución; trayendo conmigo una mejor comodidad, pero con la consecuencia de contraer una infección que no dejaría y que por castigo recordé que me la merecía. A pesar de todo, seguí trabajando independiente, sin pensar en nada y nadie. Disfrutar la vida y ser una persona humilde, pura de corazón y continuar hasta que Dios quiera. Ya en noviembre del 2020, me mudé a un mini departamento, empezando una vida solo después de dos años y medio.

Luego de haber pasado un poco la pandemia, estar un poco más flexible la situación de estar en la calle; de ser ahora uno de los millones de personas vulnerables, de haber aprendido que si no luchas no conseguirás nada;

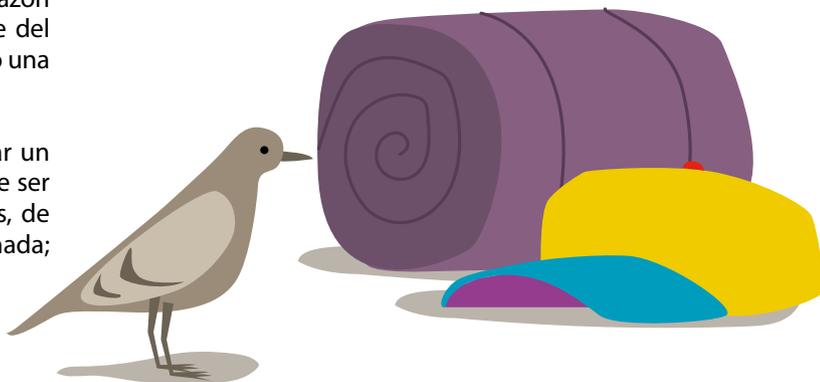
pero que gracias a las experiencias de la vida, uno consigue su camino correcto. Para la fecha actual, dando gracias a dios por las cosas que me pone y agradecido con todo y que mi familia está bien, puedo decir que no siempre es lo que se quiere, pero es lo suficiente; y solo espero que más adelante, en un futuro, quisiera tener un hijo, ser un orgullo para mi familia. Que pueda sacar mis documentos y ejercer mi profesión, olvidar lo malo y pecado que he cometido. Conseguir la persona que esté a mi lado sentimentalmente, pero por el momento queda conformarse que lo que tengo a más de tener salud y dar una enseñanza que el libertinaje, los malos hábitos son consecuencias de nuestras propias acciones.

Haciendo un recuento mismo de mis acciones lo más importante es ser uno mismo, no por ser lindo, de otro color de piel, alto, bajo, pobre o rico; al final todos somos iguales ante Dios y con trabajo y fe conseguirás lo que quieras.

Para concluir, me queda decir, si tu lees mis experiencias, aprende a apreciar el mundo de los vivos. Tener fe, que en la muerte solo está el descanso eterno de una vida de muchas experiencias y que ese sueño sea con las mejores acciones y no un tormento. Agradecido por la oportunidad de motivarme a expresarme y sentir esta tranquilidad en mi interior.

NUNCA ES TARDE SIGUE TU SUEÑO...

Leandro Briceño





Fundación Ecuatoriana

EQUIDAD

Dirección: av. 6 de diciembre N 24 253 y Lizardo García Teléfono 22 22 385 – 0996671112

Emial: coordinacion@fequidadecuador.org www.fequidadecuador.org

Facebook: Fundación Ecuatoriana Equidad

Twitter: @FEquidad

Instagram: @fequidad